

mino, las circunstancias indicarán otras medidas y podrá consumarse la revolución social que el país espera desde que se lanzó á conquistar su independencia... Contra la ley Juárez estalló la reacción en Puebla, acaudillada por don Antonio de Haro; contra la ley Lerdo estalló el movimiento de Orihuela. Si estas dos leyes se hubieran dado al mismo tiempo, aun cuando fueran mucho más avanzadas de lo que son, habrían producido un solo conflicto en lugar de dos...»

Entretanto paseaba por el corredor, con las manos á la espalda y el andar mesurado, parándose á ratos como para escuchar el *demonio* interior que le aconsejaba todas sus acciones, un hombre vestido de negro, de cutis moreno, de apariencia sencilla, que tenía el aspecto de un dios que meditaba si habría que lanzar el rayo contra el tronco carcomido y enteco que impedía la salida de los brotes nuevos, que apuntaban pujantes y briosos. Al mirarle se sentía el estremecimiento misterioso que se debe de sentir cuando se tropieza con una enorme fuerza de la naturaleza ó con una enorme fuerza psíquica. Era JUÁREZ, el carácter más entero de México y el autor de la Reforma.



CAPÍTULO IX

Hidalguía mexicana y nobleza española

MAñana aquella se aguardaban grandes novedades en la casa de Puerta Merced. Se lavaba el mármol de los pisos, se sacudían los muebles, se abrían balcones y ventanas, y la feroz Petrona, la negra que había regañado á Juárez, repartía pescozones á diestro y siniestro.

¿No he contado eso de la regañada á don Benito?

Pues aquí va, tal como me la refirió Fidel.

Entró el Gobierno constitucional á Veracruz una noche de Mayo, en medio del entusiasmo de aquel grande y generoso pueblo. Las muchachas arrojaban flores desde los balcones, los hombres gritaban vivas en las bocacalles, y una multitud entusiasta y delirante seguía al cortejo... Llegó la comitiva á la casa que de antemano se había



arreglado y se instaló luego que se hubieron marchado Zamora y sus amigos, que un rato acompañaron á don Benito y demás familia... enferma.

Juárez era cuidadosísimo con su persona, como no se acostumbraba en aquellos tiempos, en que se tenía como evangelio lo de «la cáscara guarda al palo»; «de cuarenta para arriba ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga»; «vale más que

digan: allí va un puerco y no allí va un muerto», y otros axiomas de la tierra que servían para sistemar y arreglar la porquería nacional.

Don Benito, lo mismo entre el hielo en Paso del Norte que en el calor de Veracruz, acostumbraba levantarse á las seis y bañarse luego. La mañana siguiente á la de su llegada, salió á la azotehuela y pidió á una negra que por allí miró, le diera nueva agua; pero la mujerona, al ver

un hombrecillo de mala traza, de tez cobriza, de aspecto humilde y maneras corteses, se figuró topaba con un individuo de la más ínfima servidumbre.

— ¡Vaya, le dijo, un indio manducón que parece el *improluto*! Si quiere agua, vaya y búsquela.

Juárez oyó impasible aquella letanía, y como se lo indicaba la negra, fué á buscar el agua que no tardó en encontrar.

Poco después, la comitiva toda, que ese día empezó su vida en común, aguardaba á Juárez. La negra procuraba saber quién de todos aquellos caballeros era el Presidente, y á todo el que veía guapo, de estatura elevada ó considerado de los demás, le hacía reverencia poniéndole la jeta más linda que tenía á la mano.

Por fin, sale don Benito de su cuarto, y todos los que se encontraban formados á la puerta le hacen una inclinación de cabeza en respuesta á la que él les dirigió. Petrona, que reconoció en aquel señor el mismo á quien había reñido, se confundió y entró llamándose con todas las frases más feas que halló á mano.

Sorprendidos los circunstantes, preguntaron la causa de aquella confusión, y el señor Juárez refirió, riendo, la anécdota, que sirvió para que distinguiera y favoreciera á la negrita andando el tiempo.

Volviendo al asunto de los preparativos de aquella mañana, diré que la gente empezaba á llegar; pero sin

que supiera qué embajador se recibiría, qué príncipe llegaría de visita ó qué personaje determinaría acompañarnos en nuestro cálido destierro.

Los comentarios comenzaban y no acababan.

— Es un americano que viene á ofrecernos dinero y cañones.

— Es un inglés que quiere conocer nuestras Leyes de Reforma para aplicarlas en su tierra.

— Es un embajador de S. S. Pío IX.

— Aquí no entran de esos.

— Será el loco Luis Terán, que viene de Oaxaca armado del certificado de hombre morigerado que le expidió la priora del convento de Ixtlán.

— Será don Nacho Mejía, que vuelve de recibir el mando de manos de Iniestra.

— Será don Miguel Lerdo, que pide la venia para marcharse á extranjis.

— Que hable el *Tío Cualandas*, decían algunos señalando á Prieto y refiriéndose al saladísimo papel que redactaba mi amigo.

— Que hable Villalobos, y se dirigían á un sujeto delgaducho, piocha de cuatro hilos, bilioso, cara de pájaro y ojos de víbora.

Pero los dichos cesaron luego que hubo llegado el personal del Gobierno. A poco, introducido por Prieto y Ruiz, entró el gachupincillo de marras, el bizarro Antonio



D. Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó...

Bravo, llevando en la mano una cachuchita y en el rostro un bochorno y una mortificación tan marcados, que me dió verdadera lástima verle.

Don Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó que el Gobierno estaba verdaderamente satisfecho del comportamiento de Bravo, que corriendo mil riesgos y con sacrificio de su bolsillo había desempeñado una misión que se le había confiado, adquiriendo dinero, armamento y hombres en los términos que se le había dispuesto; que no pudiendo por entonces darle una muestra de lo mucho en que se estimaban sus servicios, había determinado el Gobierno recibirle públicamente, haciendo saber que la persona de Bravo le era particularmente grata.

El ibero se turbó y nada pudo contestar á aquellas frases con que él estimaba suficientemente pagados sus afanes. Subió, estrechó las manos á Juárez, y las habría besado si no las hubiera retirado á tiempo el Presidente.

Quiso continuar por la derecha, estrechando las manos que se le extendían y los pechos que le saludaban estu-siasmados, cuando se encontró con un rostro adusto y retraído.

— Señor, dijo Ocampo, que era el que hurtaba sus manos del contacto con las del héroe, yo doy mi mano á mis amigos; pero sólo soy amigo de quien merezco serlo, porque le pago en moneda de afecto y consideración los

que él me dispensa... Yo he sido lo suficientemente villano para hablar de un hombre á quien no conocía, sólo porque me era antipático su origen... Si usted quiere hacerme la merced de ser mi amigo, antes me ha de hacer la de perdonarme.

Bravo se había quedado parado y sin saber qué hacer; pero al oír aquello fué más grande su confusión. Trató de coger por sorpresa la diestra de Ocampo; pero éste, previéndolo, la escondió de nuevo y le dijo:

— Veo que es usted tan generoso que conviene en perdonarme; pero yo no debo aceptar su perdón si no es público y claro... Dígame, si quiere complacerme: «Melchor Ocampo, yo te perdono.»

Antonio se resistía, buscaba fórmulas de acomodo, pero al fin hubo de transigir, y de pronunciar con voz de doctrino que recita una lección: «Melchor Ocampo, yo te perdono.»

El grande hombre estrechó entre sus brazos al español, le dió muchas y muy cariñosas enhorabuenas y se ofreció su amigo para siempre.

El concurso aplaudía, lloraba y ponía en las nubes la lealtad de Ocampo y la modestia de Bravo, declarándolos dignos el uno del otro por sus almas hermosísimas.



CAPITULO X

Vientos de Reforma

GUARDO entre mis papeles uno viejo, raído, amarillo, con tachaduras en el texto y anotaciones en las márgenes, sin principio, sin fin y sin enlace. Está escrito de mi letra y enmendado y corregido de otra cursiva, amplia y firme, que me recuerda el espíritu de elección que ordenó á su mano trazar aquellos caracteres.

Dice mi manuscrito: «Hoy, cinco de Julio de 1859, á las once de la noche concluimos el señor Ocampo de dictar y yo de escribir el manifiesto de «El Gobierno constitucional á la Nación», que venía el señor ministro elaborando desde fines del mes pasado.»

Copio con amor algunos párrafos de ese escrito, que valé más, para mí, que el plan de Iguala que nos libertó